

COLON Y LA REALIDAD EUROPEA

*Mario Barros Van Buren
Academia Chilena de la Historia*

Tiempo de sueños

MOMMSEN dijo una vez que todo hombre es un producto de su tiempo. Si es un hombre excepcional —un santo, un héroe, un filósofo o un artista— puede transformar el tiempo que le tocó vivir, pero jamás podrá borrar la influencia que el entorno histórico ejerció sobre él, ni eliminarlo del pasado. Todo hombre es un ser histórico; es decir, es un factor dinámico dentro de las circunstancias que el tiempo determinó antes y durante su paso por la Tierra.

Cristóbal Colón debe ser considerado bajo este prisma. Su personalidad y su pensamiento fueron un producto directo del turbulento ambiente que se vivió en Europa a fines del siglo xv. Si hubiese nacido un siglo antes quizás se le habría tomado por un loco o por un errático intérprete de la Biblia, con las desagradables consecuencias que ello podría haberle significado. Si hubiese nacido un siglo más tarde su nombre habría estado unido a la pléyade de soñadores y aventureros que convirtieron las tierras ignotas de Oriente en un edén poblado de fantasías.

Colón nació y vivió en una época de grandes transformaciones sociales y políticas. Los ejes del poder mundial cambiaban de mano. Moría lentamente la sociedad feudal y nacían los Estados centralizados. En muchos países de Europa aparecía una mentalidad nueva, orientada al estudio del hombre, a revivir el acervo cultural de los clásicos y a demandar a las artes, a la ciencia, a la filosofía y al comercio lo que la sociedad medieval había buscado a través del honor, del sacrificio y de la fe. Valores que en los siglos anteriores habían sido considerados como intangibles—la alianza agustiniana entre la cruz y la espada, el Papado universal de Gregorio vii y de Inocencio iii, el poder hegemónico de una cristiandad unida—desaparecían irremediamente. El pensamiento religioso de san Agustín y de santo Tomás había de enfrentarse ahora con las objeciones de Huss y de Calvino. El propio Pontificado Romano recibía la irreverente crítica de Erasmo. Dante y Maquiavelo proponían una nueva concepción del Estado. El arte italiano, revitalizando el pasado grecorromano, daba fin con honores al esplendor del gótico y de la arquitectura ojival.

Cuando Bacon dijo que la "imprensa, la pólvora y la brújula habían cambiado la faz del mundo" no expresó sino una parte de la verdad. Los elementos señalados fueron instrumentos importantes para asentar un proceso que venía gestándose desde mucho tiempo atrás. Ranke, que quiso dividir la historia de los siglos xv y xvi en la Edad Media y en la Edad Moderna, advirtió en el último tercio del primero una serie de fenómenos históricos que respondían a concepciones actuales que habían de dar base a la sociedad de los siglos xix y xx. Ellos fueron la idea del Estado-Nación, la burocracia estatal y privada, la revitalización de los valores políticos por sobre los morales y el equilibrio de poder como fórmula de paz internacional. Asimismo, calificó estos conceptos como "modernos" y basó en ellos su clásica división de la historia.

¿Qué determinó estos fenómenos? ¿Por qué afloraron estas ideas, sin que nadie las inventara? Burckhardt creyó encontrar la respuesta en el agotamiento de los valores que habían hecho posible la Edad Media. Es una teoría drástica que no calza exactamente con los acontecimientos históricos, pero que ayuda a explicar la extraña supervivencia de sueños y de realidades que caracterizaron el final del siglo xv.

La verdad era que los valores de la Edad Media —Dios, el honor, el sacrificio, el sentido militar de la vida, la lealtad y la fe— no estaban muertos. Sin su impulso no se hubiese podido descubrir América. Pero desfallecían ante el nuevo tiempo de la rebeldía y de la ciencia. Antes, nadie los disentía; ahora tendrían que luchar. Esta lucha es la que Burckhardt creyó que era el umbral de una nueva edad. El la llamó "moderna". La voz popular le dio el nombre equívoco de "renacimiento", confundiendo un fenómeno italiano —casi exclusivamente florentino— con un proceso mucho más complejo que abarcaba Europa entera.

La Europa enclaustrada

Marco Polo había abierto para Europa las puertas del este asiático en los mismos días que Portugal comenzaba a abrir hacia el sur las puertas de África. El viejo continente gótico-romano comenzaba a respirar los inquietos aires de una nueva dimensión. Pero el año 1453 los turcos, con Mohamed II, el conquistador, se apoderaron de Constantinopla y comenzaron la conquista de los Balcanes. Por esa época ya eran dueños de Bulgaria y de la Macedonia eslava; en 1459 ocuparon Serbia y en 1463, Bosnia.

El Imperio otomano llegaba ahora a las orillas del Danubio y del Sava. Jerusalén, en poder de los mahometanos desde 1187 y regido hasta entonces por un acuerdo de tolerancia religiosa para los peregrinos y residentes, quedó ahora cerrado al cristianismo. El Imperio musulmán se extendía, como una inmensa media luna, desde la Europa eslava hasta las montañas de Armenia; desde el Asia Menor hasta la península Ibérica; quedaba así cerrado para el mundo occidental el célebre "camino de la seda" y de "las especias", que habían sido las características del comercio veneciano, florentino y genovés, durante los siglos anteriores.

Hacia el norte tampoco quedaban grandes rutas abiertas. En 1480, Iván el Grande expulsó a los jinetes tártaros de la Horda de Oro e instaló en Moscú el epicentro militar y religioso de la Rusia moderna. Con él se abrió también una compuerta migratoria de las más grandes de la historia europea, pues autorizó a los campesinos eslavos y alemanes del norte a cultivar las nuevas tierras conquistadas. Llegaron por miles; fueron talados bosques y disecados pantanos; por el norte bordearon las costas bálticas. Pasado el temor de las hordas asiáticas avanzaron hacia el este, creando riqueza y cultura.

El final del siglo xv es, en gran medida, el de la expansión alemana hacia el este—signo natural de su geopolítica histórica— y el de su afianzamiento comercial en el mar del Norte. Impulsada por el apoyo económico de la Renania agrícola, la masa campesina avanzó incontenible, poblando Macklemburgo, Pomerania, Brandeburgo, Prusia y Silesia. El germano vio así satisfecha, de momento, su necesidad de espacio alimenticio y su afán colonizador. Esto le pondría, durante el siglo xvi, al margen del gran proceso descubridor europeo, pero le llenaría la necesidad vital de crear pueblos y poblar territorios, que sería el signo del Viejo Mundo durante ese período.

Escandinavia vivió, en este último tercio del siglo xv, un gran movimiento de ajustes que concentró por entero la atención política de sus Reyes. Por entonces Dinamarca ocupaba ambas costas de la entrada al mar Báltico, las islas de Fünen y Zealand y una faja de territorio que hoy pertenece a Suecia. Era —sin duda— la nación nórdica más occidentalizada. Suecia, al igual que Alemania, tendía —geopolíticamente— hacia el este y en el siglo xiii había ocupado Finlandia. Toda Escandinavia era un área de pesca. Sus exportaciones terrestres apenas se reducían a las pieles, a la brea de sus pinos y algunos minerales. Su gran comercio eran el bacalao y el arenque. Es difícil imaginar hoy lo que estos

productos representaban en la Europa cristiana de la Edad Media, con su ganadería feudal, su caza prohibida y sus estrictas cuaresmas. Pero a fines del siglo xv los grandes bancos de pesca comenzaban a dar señales de agotamiento y las naves de daneses, noruegos y suecos comenzaban a internarse en los mares del norte de Francia e Inglaterra, siguiendo los misteriosos derroteros de los pescadores vascos y escoceses. Holanda monopolizó por aquellos años el comercio de la pesca. La frase común de esos días era que "El arenque sostiene a Holanda y Holanda sostiene a Europa".

En 1480, Francia apenas comenzaba a recuperarse de la Guerra de los Cien Años. Como dijo Petrarca, "cuando los ingleses se fueron se llevaron nuestros bosques y nos dejaron un montón de ruinas". Pero, en cambio, habían abierto el camino a un espíritu nacional —acaso el primero en Europa— con Felipe IV, Carlos Carlos VII LUIS XI iba a producir un fuerte robustecimiento del Estado una recuperación de la economía, una modernización de la agricultura y de la industria y un despertar intelectual de enormes proporciones. A fines del siglo xv París era la ciudad más grande de Europa y su universidad el epicentro cultural de Occidente.

Este sentimiento nacionalista francés habría de avanzar en dos rutas decisivas para la Europa del siglo xv; la formulación de una Iglesia Católica Nacional—el galicalismo—y la idea de una hegemonía militar francesa.

Así como Alemania tendió geopolíticamente hacia el este, Francia lo hizo hacia el sur. Apenas dos años después del descubrimiento de América, Francia invadió Italia, iniciando la desmembración de la península y presionando al Papado hasta el extremo de provocar sucesivas guerras, tanto territoriales como internacionales.

Francia estaba obsesionada de tal manera por Italia que se puso al margen del proceso americano, aunque le fue ofrecido casi simultáneamente que a Castilla. Lo mismo le ocurrió a Inglaterra. La Guerra de las Dos Rosas y los golpes de Estado de 1483 y 1485 habían absorbido por entero la atención y las energías de los ingleses. No había unidad interna y el tesoro público se encontraba agotado. La subida al poder de una nueva dinastía —la Casa de York— abría una interrogante que iba a pesar por medio siglo sobre la fuerza expansiva de la Corte de Londres.

La Santa Sede pasaba por momentos de gravísima debilidad. De los grandes Papas universales y de la escuela del gran Gregorio no quedaba ya nada. A las titubeantes figuras de Sixto IV e Inocencio VIII habían de sucederles pontífices como Alejandro VI y Julio II, grandes príncipes renacentistas, mecenas, estadistas y militares de alto nivel, pero cuyo campo de acción, dígame lo que se diga, siempre fue preferentemente italiano. Esto favoreció una corriente de indisciplina interna que hizo decir a un historiador que "la desintegración de la Iglesia en el siglo xv fue principalmente una crisis de obediencia". El cetro de san Pedro era ahora un mando débil, en ocasiones claudicante. En el Concilio de Constanza, bajo el disfraz de "robustecer la autoridad papal", se favoreció el "poder conciliar", una especie de parlamentarismo fuerte, abierto a todos los vaivenes de las presiones políticas. El Concilio de Basilea, un poco más tarde (la Pragmática Sanción de Bourges, en 1438) puso a la Iglesia de Francia bajo el control de la Corona. La debilidad del Papado llegó a tal extremo que ante una grave enfermedad de Julio II, el Emperador Maximiliano de Alemania se ofreció para reemplazarlo como cabeza de la Iglesia. De esta audacia a la proclamación de Enrique VIII de Inglaterra como "pontífice Supremo sobre la Tierra" no había más que un paso; no habría de tardar.

La debilidad de la Iglesia romana y el individualismo de los Papas renacentistas comenzaban a anunciarse en los años finales del siglo xv. Aun naciones profundamente

ortodoxas, como España, entendían no faltar al espíritu apostólico de Cristo al subordinar a la Iglesia las prerrogativas de la Corona. Tal fue el caso del descubrimiento de América y el de la Inquisición.

Pese a cuanto se ha dicho y escrito, la Inquisición no es un invento español. Más aún, cuando ésta fue establecida en España en 1478, llevaba muchos años funcionando en el resto de Europa. España fue una de las últimas naciones en adoptarla; sin embargo, fue la primera en convertirla en un instrumento de "unidad nacional", tal vez porque ésta era más necesaria en España que en ningún otro Estado europeo. Fue el último país occidental que debió convivir con tres razas y tres religiones en un territorio convulsionado por ocho siglos de lucha territorial. Pero la Inquisición española, con sus luces y sus sombras, nunca fue un órgano romano sino esencialmente oficial.

Al finalizar el siglo xv Europa estaba enclaustrada. Los turcos la cercaban por el este y por el sur. El propio Mediterráneo ya no era un lago latino. Las galeras de Mohamed II controlaban sus costas y amenazaban sus puertos. La escasez comenzaba a golpear a las puertas de las ciudades. Un 80 por ciento de la población del continente era rural y la mitad de esta cifra marchaba hacia el este a colonizar las tierras de la Europa vacía. Mercaderías importantes — el arenque, las especias, la seda— se habían hecho escasas y caras. El acceso a los Santos Lugares estaba ya vedado a los peregrinos cristianos. El Papado no respondía a las exigencias espirituales de su época. En la Europa del norte surgía un activo movimiento de protesta que —encabezado por Erasmo— iba a provocar, apenas treinta años más tarde, la terrible escisión de la Reforma.

A fines del siglo xv el Viejo Mundo sólo tenía dos respiraderos naturales y por ellos se iba a lanzar con la fuerza acumulada de su espíritu y de su cultura; éstos eran España y Portugal.

La imprenta, la pólvora y la brújula

Al cuadro anterior debemos añadir una nueva inquietud científica, alentada por los vientos del humanismo que venían de Italia y de los Países Bajos. Tres inventos notables inspiraron la frase de Bacon: La imprenta, la pólvora y la brújula..." El primero masificó, a través del libro, el pensamiento revisionista de los humanistas holandeses. La cultura se radicó en las universidades, abandonando el cenáculo exclusivo de los conventos. El pueblo aprendió a leer y a comunicarse entre sí más allá de la palabra hablada. El conocimiento cruzó las fronteras, invadió las ciudades y los palacios, llevó sus ideas a todos los hombres y éstos ya no necesitaron recorrer largas distancias para cultivarse, porque el libro venía hacia ellos, cargado de ciencia y filosofía.

Alrededor del año 1450, Johann Gutenberg, un metalúrgico alemán, basándose en un precario invento de un sacristán inglés, Laurent Coster, creó lo que podríamos llamar la primera imprenta de uso comercial¹. Es difícil imaginar un invento de mayor trascendencia social. La imprenta fue —en muchos aspectos— la base fundamental del Renacimiento.

La pólvora, traída a Europa por los árabes en el siglo anterior, era un descubrimiento chino. Su uso fue paulatino y de efecto restringido. Durante años su aplicación se limitó a la pirotecnia y mucho más tarde a la artillería. Sin embargo, en el siglo xvi aún no lograba desplazar ni a la coraza ni a la arquería medievales. Fue el perfeccionamiento del cañón lo

¹ La imprenta parece tener su origen en Corea, hacia el año 106. y no se sabe si ello llegó a conocimiento de Coster El hecho es que éste fabricó una utilizando tipos de madera e imprimió numerosos libros de oraciones. Pero el tipo de madera duraba muy poco. El mérito de Gutenberg fue haberlos hecho de metal.

que le dio a la pólvora el rango de invento revolucionario. Su uso masivo puso fin al castillo feudal y con él a toda una concepción de la guerra y de un tipo de sociedad. La pólvora introdujo en las Cortes al matemático, al químico, al ingeniero y al fundidor. Nació la guerra de movimiento.

El buque de guerra pudo combatir a distancia y con su capacidad de desplazamiento desafiar con ventaja a la inmóvil defensa terrestre.

La brújula, en su concepción más primitiva, puede ser rastreada hasta comienzos del siglo XIII. Su invención se atribuye a los marineros de Amalfi. Durante años fue una simple aguja imantada, flotando en un recipiente de agua. Los mismos amalfianos inventaron la brújula fija, con un eje de rotación que giraba sobre un cuadro estabilizado en el que estaban marcados los 32 rumbos de la rosa náutica. En ella fue aplicada, por primera vez, la circunferencia de 360 grados.

En el siglo XIV la brújula había evolucionado hacia la "rosa de los vientos", de tipo móvil. Ninguna de estas versiones permitió a los navegantes alejarse excesivamente de los puntos de referencia ya conocidos, generalmente geográficos. La declinación magnética no era conocida. El astrolabio, aunque conocido desde la Antigüedad griega como instrumento de exploración celeste, no fue aplicado a la navegación hasta fines del siglo XV, cuando los portugueses lo perfeccionaron, por orden del Rey Juan II.

En el estudio del entorno científico que rodeó al primer viaje de Colón es importante la aplicación del llamado "método de Cardan" a la brújula tradicional; Cardan inventó un soporte de suspensión que permitió a la brújula estar siempre horizontal, pese a los movimientos de la nave. Esto le dio una utilidad y una certeza mucho mayores. Torelli asegura que Cardan fue el verdadero padre de la navegación de alta mar.

A la brújula es preciso añadir el perfeccionamiento del astrolabio, que tan importante papel iba a jugar en la aventura de Colón. El Rey Juan II de Portugal encargó a dos técnicos de su Corte, al doctor Rodríguez (posiblemente portugués) y al alemán Martín Behaim de Nuremberg, la conversión del astrolabio en un instrumento naval. Antes era una pieza de observación astronómica.

Un mascarón para Europa

Así llamó el profesor español Batista y Roca al reino de Portugal. "Europa —dijo— es una península llena de penínsulas. Su mascarón de proa era Portugal".

A mediados del siglo XV la Corte de Lisboa daba pleno cumplimiento a esta figura literaria. Portugal había solucionado de momento sus problemas con Castilla y expulsado a los moros de su territorio, teniendo ahora sus manos libres para lanzarse al mar. Sus exploraciones comenzaron a hacerse cada vez más audaces y más numerosas. El océano Atlántico, llamado "el mar tenebroso" por los antiguos, ya no tenía tanto de tenebroso para los navegantes portugueses. En sus andanzas marítimas, Portugal mezclaba, sin excluirlos, un afán colonizador, una actividad comercial, una creciente curiosidad científica y geográfica y la evangelización de los pueblos paganos. La frase de Vasco de Gama al llegar a la India — "Buscamos hacer cristianos y comprar especias"—es una síntesis acabada del proceso.

Pero como de costumbre, a toda esta corriente de audacia, de técnica y de estudio, es preciso agregar un hombre, un gran conductor: Enrique, príncipe de Avis. La historia le conoce como "el Navegante".

En su palacio de Sagres instaló una enorme academia de estudios náuticos, tal vez la más importante de Europa, después del declinar comercial de Venecia y de Génova. En esta academia fueron concentrados los mejores matemáticos, astrónomos, dibujantes y geógrafos, fueron reconstituidos y perfeccionados los más importantes mapas de la Antigüedad, estudiadas y clasificadas las experiencias e informes de decenas de navegantes y recogidas las avanzadas teorías de los sabios árabes sobre los astros, los vientos y las mareas. De sus aulas salieron las instrucciones para los revolucionarios cambios en la construcción naval. Fue esta academia la que financió y estimuló las primeras exploraciones marítimas del Atlántico norte y del continente africano.

Ya en 1419 los portugueses habían descubierto la isla de Madeira, en 1441 el cabo Blanco, en 1445 habían llegado a Senegal, en 1447 a las islas Azores (en medio del Atlántico) y en 1455 a las islas del cabo Verde. Es casi seguro que descubrieron y exploraron la isla Ascensión, alrededor de 1460, fecha en que la vemos dibujada en sus mapas.

El océano Atlántico estaba ya recorrido y explorado, pues, en una parte importante de su área. La idea actual de que los portugueses habían alcanzado las costas de Brasil, en 1461, tiene interesantes fundamentos y el misterio en que fue sepultada esta primicia se debe a que Portugal, por razones comerciales, mantuvo muchos de sus descubrimientos en el más absoluto secreto. No debemos olvidar que el actual continente americano había sido descubierto y aun poblado por europeos desde 1007, fecha en que el navegante noruego Eric, llamado "el Rojo", llevó a Norteamérica un grupo de familias islandesas, poblamiento que amplió su hijo Leif. Los vascos conocían bien los bancos pesqueros de Islandia y Terranova y trazaron derroteros que los portugueses estudiaron cuidadosamente. Estos mapas fueron conocidos por Colón y por su hermano Bartolomé.

Pero hay otro aspecto de este centro náutico de Sagres que es preciso destacar; es la nueva visión que tuvo de la construcción naval. A la antigua galera mediterránea, casi inmovible a lo largo de diez siglos, había sucedido la carabela y la nao de alto bordo. La primera, diseñada para un mar estable y una costa plena de radas y de refugios, no podía enfrentar las rudas mareas y los vientos de "el mar tenebroso"; su sistema de velamen era frágil y poco maniobrable. La carabela, diseñada por los portugueses sobre planos, al parecer, de origen toscano, tenía mayor estabilidad, un amplio juego de velas y una resistencia capaz de desafiar las gruesas marejadas del Atlántico y transportar mayor número de personas y volumen de carga. El autor Vicens Vives dice que "Los primeros tipos de carabela mostraron sus defectos en los viajes de exploración que se suceden a lo largo del siglo xv; su continuo perfeccionamiento, uno de los logros máximos en la historia de la construcción naval europea, hace posible la era de los descubrimientos".

La cruzada castellana

El matrimonio de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón, en 1479, representa para la historia de España una fecha tan crucial como la Batalla de las Navas de Tolosa en 1212, el descubrimiento de América en 1492, la pérdida del Imperio americano en 1821 o la Guerra Civil de 1936. Al unirse las Coronas de los dos más grandes reinos peninsulares, España adquirió ante Europa las características de Estado-Nación que tanto requerían los pensadores humanistas como condición de "modernidad". La geografía del territorio quedó unida de hecho bajo un solo cetro, con la sola excepción de Portugal. El año 1492 se unirían a esta Corona bicéfala el reino de Granada —último remanente árabe del otrora poderoso califato de Córdoba— y las Indias Occidentales; en 1515 el reino de Navarra.

Sin embargo, la formidable empresa de forjar una nación con los abigarrados elementos que le legaba la historia, requería, al igual que el impulso expansionista de Portugal, de un conductor; éste fue la reina Isabel de Castilla.

Resulta difícil encontrar en los trece siglos de historia peninsular una figura tan trascendente y poderosa como la de esta mujer. A una inteligencia superior unió una energía que a veces se nos representa como sobrehumana. Se la ha querido comparar con su homónima de Inglaterra, tan clarividente y dinámica como ella, pero la Isabel española la aventajaba en ideales, en moralidad y en una concepción más exacta y realista de la misión civilizadora que Europa se asignó en el siglo xv.

El año 1492 los Reyes católicos condujeron a sus ejércitos victoriosos hasta los pies de los muros de Granada e iniciaron un sitio que no habría de cesar hasta la cristianización total de la península. Fue una lucha político-religiosa y no racial. Los Reyes no luchaban contra el árabe, sino contra el musulmán. La España integral necesitaba la unidad de la fe. Esta guerra tuvo, pues, mucho de cruzada. La Santa Sede y la Europa cristiana lo consideraron así.

Es en estos momentos críticos cuando aparece Colón y la reina Isabel da muestras de su asombroso poder de clarividencia y de aptitud política. El estadista no es un ser de obsesiones excluyentes, es un ser de prioridades; no cierra un cajón mental para poder abrir otro pues trabaja con todos ellos abiertos y ni las más grandes preocupaciones podrán aislarlo del abanico de temas que la gran responsabilidad del mando despliega ante sus ojos. Alejandro, estudiando su lección de filosofía antes de la Batalla de Isos, que habría de decidir el destino de su empresa universal, y Napoleón, redactando el Reglamento del Instituto de Francia, en la víspera de la Batalla de Moskowa, son ejemplos de esta amplitud intelectual del verdadero estadista.

Isabel recibió a Colón en el campamento militar de Santa Fe y después de varias entrevistas acordó con él la expedición a las Indias, cuando aún el sitio de Granada estaba en curso y su destino incierto. La Reina captó en el acto la genial intuición de Colón y las perspectivas que sus planes podían tener para España. "Vuela alto", decía de ella su esposo Fernando. Isabel era el águila visionaria que veía, más allá de los azares del sitio de Granada, el gran horizonte del mar dominado y de la tierra americana que este oscuro genovés vino a ofrecerle. Ante esta oferta no cabían ni vacilaciones ni dilaciones. La decisión de Isabel es, tal vez, el momento clave del descubrimiento y una de las encrucijadas más trascendentales de la historia.

* * *

Colón y sus proyectos

Quien no tenga un cuadro exacto de la Europa descrita no podrá entender del todo la extraña personalidad de Cristóbal Colón. Es uno de los personajes más contradictorios de la historia. Sus proyectos, sus sueños, sus curiosas interpretaciones bíblicas, la fe ciega en la misión que cree que Dios le ha señalado², lo internacional de sus andanzas y hasta su falta absoluta de sentido de la oportunidad, son rasgos todos medievales. Sus estudios, sus argumentos científicos —equivocados o no— su testarudez, la frialdad comercial con que negocia sus condiciones, son todos atisbos del Renacimiento italiano que él lleva, más que

² Colón se creía un predestinado por Dios. Citaba con frecuencia las profecías de Esdras, las que creía coincidentes con sus proyectos. Su propio nombre lo estimulaba. Cristóbal significa Christo feres (el que lleva a Cristo). Usó indistintamente los nombres Colón, Columbus, Colombo, Colomo, todos relacionados con la idea de "colonizar", Escribió sobre esto.

en su sangre, en su mentalidad. Para un hombre moderno. Colón no habría sido sino un vagabundo extraño, vendedor de sueños; para un hombre de su tiempo podría haber sido un aventurero, un loco o un mercader ambicioso, pero a quien había que reconocerle un poder de convicción casi imposible de resistir. Es este poder el que le abrió paso hacia la tienda real en Santa Fe. ¿O hubo otras manos?

Colón hizo de su vida un misterio. Su familia vivió algún tiempo en Génova y se cree que el navegante nació en dicha ciudad. En Lisboa, Colón se hacía llamar "el genovés"; sin embargo, nunca usó otro idioma que el español; sus propias notas íntimas están escritas en este idioma. Cuando utilizó el latín, éste estuvo lleno de españolismos. Al tratar con dos marineros genoveses, en su segundo viaje, necesitó un intérprete. Varios autores creen que cubrió con una pretendida nacionalidad genovesa el hecho de ser judío de Mallorca. Los historiadores Emilio Cuenca y Margarita del Olmo creen, sobre bases serias, que era un hijo bastardo de doña Aldonza de Mendoza, hermana de varios nobles alcarreños. Eso explicaría la extraña protección que los Hurtado de Mendoza le brindaron durante toda su vida y su decisiva influencia para que los Reyes católicos le recibieran una y otra vez.

Era un navegante nato. Se había embarcado en la flota pirata de Rene d'Anjou a los 14 años. Se sabe que vivió en la isla de Chios desde 1473 a 1474, presumiblemente como agente comercial de su padre. Un año más tarde se enroló como marino en la flota portuguesa; como tal debió participar en el Combate Naval de San Vicente (13 de agosto de 1476), donde su nave fue hundida. Salvó a nado y se radicó en Lisboa. El hecho de haber luchado contra la flota genovesa es otro argumento para los que dudan de su nacionalidad italiana. Nunca volvió a Génova. En Lisboa se hizo llamar Guillaume de Casnove-Coullon.

El vendedor del proyecto americano

La idea de llegar a las Indias cruzando "el mar tenebroso" no era nueva. Había sido formulada por otros geógrafos antes de 1492 y había mapas que marcaban las posibles distancias entre Europa y esas tierras ignotas, los que Colón conoció y estudió en Lisboa. En esta ciudad se radicó en dos oportunidades y por largos años, trabajó con su hermano Bartolomé—posteriormente cartógrafo y comerciante de mapas y de libros— casó y tuvo su primer hijo; en ella concibió el proyecto de llegar a las Indias navegando hacia el oeste.

Contrariamente a lo que se cree, no fue el mapa de Toscanelli el que inspiró su plan ni los estudios de Copérnico y Ptolomeo, ni siquiera el "Imago Mundi" del Cardenal Perré d'Ailly, que él cita con frecuencia. Según Colón, éstos "son sólo instrumentos de una idea superior"; se creía sinceramente designado por Dios para llegar a las Indias por mar y aquí reside, fundamentalmente, la forma inflexible con que defendió su proyecto. En 1502 escribió a los Reyes católicos: "Al llevar a cabo esta empresa de las Indias, ni la razón, ni las matemáticas, ni los mapas fueron de utilidad para mí. Sólo lo fueron las palabras de Isaías". Al parecer, se refiere al Libro de Isaías, 11:10-12.

La concreción de su plan parece haberse estabilizado en 1474, cuando embarcó en Lisboa con rumbo a Islandia. Este viaje es muy influyente en la vida de Colón; a su regreso trae casi completo su proyecto. Curiosamente, no habla de "las Indias" sino de "Catay" (Japón).

Lo que más le obsesionaba era que alguien pudiera robarle su idea; sus temores no eran infundados pues un año más tarde se enteró que el Rey de Portugal autorizó a un navegante llamado Fernando de Telles para "llegar a las Indias navegando hacia el oeste", por Cédula de 20 de noviembre de 1475.

Pero aún no ha llegado su hora. En 1478 casa con Felipa Moñiz de Perestrello, miembro de una influyente familia lisboeta. Dos años más tarde le vemos establecido en Puerto Santo, en las islas Madeira, donde su cuñado es Gobernador. En este lugar parece haber adquirido una considerable experiencia acerca del Atlántico y no se descarta la posibilidad de que haya navegado las costas africanas hasta Costa de Oro e, incluso, haya alcanzado las Azores, mar adentro.

Si nos atenemos a los propios escritos de Colón y a las ideas que él dice haber sacado de la Biblia y, especialmente, de los versículos del Libro de Esdras (11,3:18) concluimos que sus planes sólo eran atinados en los fundamentos geográficos pero estaban equivocados en todos los detalles técnicos. Colón compartía la idea ya comprobada por la geografía contemporánea de que la Tierra era redonda y también la idea de Toscanelli de que la distancia por tierra entre Europa y Asia era dos veces mayor que por mar. Colón asignaba 282 grados para medir el tramo terrestre entre Europa y Asia (India). Como Esdras (11,6:42), decía que el mundo tenía seis partes de tierra por una de agua. Dicho tramo era sólo de 78 grados, o sea, unas 3.900 millas. Colón medía estas distancias en grados de 56.2/3 millas, pero usaba la milla italiana de 1.477,5 metros, con lo que hacía al ecuador un cuarto más pequeño. Según el profesor Samuel Eliot Morison, si Colón hubiese usado la milla árabe, de 1.975,5 metros, su cálculo hubiese sido muy aproximado a la distancia real entre las Canarias y las Bahamas. Es interesante recordar estos errores para explicarse dos fenómenos concurrentes: El rechazo del proyecto por parte de los doctores de Salamanca y el viaje mismo de agosto de 1492, pues es casi seguro que si Colón hubiese sabido la verdadera distancia que habría de recorrer no hubiese zarpado con los elementos que tenía ni la tripulación se hubiera avenido a acompañarle.

El proyecto, puesto por escrito en forma muy esquemática (Colón jamás lo expuso in extenso ni aun en sus conferencias orales, ante el temor que se lo robaran o copiaran) fue entregado al Rey Juan II de Portugal, quien lo rechazó en 1484, posiblemente por su compromiso anterior con Telles o, como cree Morrison, porque sus asesores lo encontraron científicamente descabellado.

En vista de lo anterior, Colón viajó a España. El proyecto lo expuso sucesivamente al Duque de Medina-Sidonia y, enseguida, al Duque de Medinaceli. El primero no parece haberse interesado en él, pero el segundo lo aceptó con entusiasmo, procurando a Colón alojamiento y elementos de estudio desde 1484 a 1486. En este último año, Medinaceli concluyó que el proyecto era demasiado importante para que lo asumiera un particular y lo llevó a la Corte. Los Reyes católicos acordaron una audiencia a Colón en Córdoba, en abril de 1486.

Los monarcas, dadas las urgencias de la guerra contra los moros y lo complejo del tema, resolvieron entregar todo el plan a una comisión de geógrafos presidida por el Obispo Hernando de Talavera, entonces confesor de la Reina. La comisión deliberó durante cuatro años y en este período Colón viajó de ciudad en ciudad siguiendo a los transhumantes monarcas españoles de la época, quienes al fin se avinieron a asignarle una pensión, hasta que la comisión emitiera su fallo.

No está probado documentalmente que el proyecto de Colón hubiese sido ofrecido a otras Cortes europeas. El viaje de Bartolomé Colón a Londres y a París, del cual dan cuenta algunas cartas privadas cambiadas entre ambos hermanos, pudieran dar base para esta especulación. Sin embargo, la profesión de Bartolomé como cartógrafo y mercader en libros le llevaba frecuentemente a diversos sitios de Europa, por lo que pueden o no asociarse estos desplazamientos con los proyectos de Colón. Pero tampoco debemos rechazar la

posibilidad de nuevas propuestas a Gobiernos extranjeros. El hecho es que, de haberse ofrecido dicho proyecto a los Reyes de Francia y de Inglaterra, éste no fue acogido.

Como ya vimos, ambas Cortes tenían demasiados problemas internos y de reivindicaciones territoriales para dedicar energías a exploraciones de incierto destino. Además ni Enrique VII ni Carlos VIII tenían el espíritu místico y misional de Isabel de Castilla, ni esa carga de energía expansionista que produjo la cruzada española del siglo xv. Vicens dice que si América no hubiese sido descubierta, "el África sería española".

En 1490 se hizo pública la sentencia de la comisión; fue negativa. Algunos autores concuerdan en que el rechazo del plan era previsible, no sólo porque los cálculos geográficos no eran correctos, sino porque Colón, siempre obsesionado por la idea de que le robaran su proyecto, lo hizo deliberadamente vago e impreciso, hasta el extremo que su última exposición oral ante los expertos resultó, al decir de Talavera, "casi incoherente".

Sin embargo, la influencia de amigos y protectores —Diego de Deza, Antonio de Marchena, Juan Pérez y, sobre todo, el Duque del Infantado— lograron que la Reina se interesara en emprender la aventura, siempre que fuese en el interés exclusivo de Castilla.

Entretanto, Colón había hecho sociedad con un hábil navegante, Martín Alonso Pinzón, quien habría de imprimir a la aventura el sello de tecnicismo y experiencia realista que hasta ese momento parecía faltarle. Pinzón había regresado recientemente de Roma, donde —al parecer— había hecho estudios similares a los de Colón con respecto a viajar hacia el oeste por mar, "más allá de las islas de las Flores", último punto oriental a las Azores que era conocido oficialmente en esa época en España; la impresión de éste era que la Santa Sede sabía más de "tierras por descubrir" que lo que confesaba oficialmente.

Las condiciones exigidas por Cristóbal Colón a los monarcas eran, a ojos de la Corte, exorbitantes. Pedía ser nombrado Gran Almirante del Océano y Virrey de las tierras descubiertas. Este título permanecería en su familia para siempre³. Además, recibiría el 10 por ciento de todo lo que América produjese. Acápites secundarios nos son desconocidos y sólo los suponemos por la invocación que de ellos hizo Colón en sus cartas a la Corona. Hoy se sabe que la petición de Colón para comerciar con esclavos le fue negada expresamente. Todo lo demás le fue aceptado y el acuerdo fue firmado el 17 de abril de 1492. Fue, tal vez, el documento más importante firmado por Isabel de Castilla en todo su reinado.

Isabel tenía una fe inmensa en la caída de Granada y confiaba en que, de ser exitosa la aventura de Colón, los recursos económicos que ella reportaría podrían financiar los gastos de la guerra y, además, según se lo había planteado el propio Colón, los de una cruzada europea para recuperar los Santos Lugares. Así era de fuerte la fiebre guerrera y religiosa del castellano de aquellos días.

Así la Europa moderna supo afianzarse en el mundo al fundir en un proyecto por demás aleatorio la atractiva utopía de Colón, uno de sus más inspirados navegantes, con la capacidad resolutive de Isabel, uno de sus más sagaces gobernantes, quien sabría impulsar y conducir con maestría la fiebre guerrera y religiosa del castellano de aquellos días.

³ Este acápite ha sido rigurosamente respetado por el Estado español. El actual Cristóbal Colón — número vigésimo en la línea directa— Oficial de la Armada española, es el Duque de Veragua, de 40 años de edad.